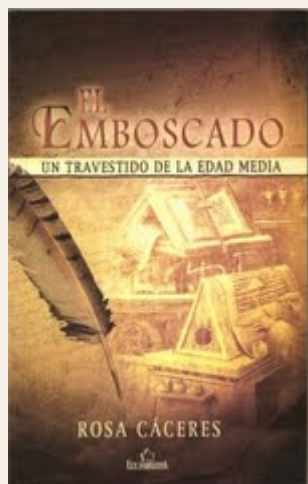


El Emboscado", novela de Rosa Cáceres

Por Santiago Delgado, Académico de la Real Academia Alfonso X de Murcia



De toda la oscura Edad Media, acaso lo más oscuro pudo ser la condición de las mujeres. “**El Emboscado**”, novela de **Rosa Cáceres**, puede ser considerada como una muestra, sangrante, dolorosa, de que así fue, aun para las mujeres de la clase privilegiada. Y el enemigo número uno de la mujer en aquellos tiempos negros, no fue otro sino la guerra. Huérfanas, viudas, prometidas frustradas, víctimas de los cinturones de castidad, partos mortales, violaciones... sufrían antes, y más profundamente, las crueldades propias de aquel tiempo atroz. No obstante, muchas supieron hacer de esos ataques a su natural manera de entender el mundo, su propia fortaleza interior. Y alguna que otra, naturalmente, supo evadir la feroz impronta macha de la época.

“El Emboscado” habla de un varón que obligado fuera, por motivos de controvertida filialidad, a vestir de mujer desde su mocedad. Es el narrador de la novela. Y su aspiración a protagonizar la narración pugna duramente con la del personaje

de su madre. Es la lucha de una **fortaleza**, la de la madre en pugna permanente toda su madurez vital con los desastres de la guerra, contra una **debilidad**, la del hijo consciente de su cobardía, así como de una fidelidad maternal que lo ahoga y constriñe hasta la disolución de su naturaleza viril. Habrá lecturas y lecturas de esta novela de fuerte narrar, que tomen opción por una u otra perspectiva.

La frontera cristiano-musulmana en el Levante español es el marco histórico de la narración. El feudalismo opera como estructura social. La guerra como actividad vital incesante. La condición femenina como víctima casi omnipresente en tal estado de cosas. Y, con la condición femenina, víctima es también la mejor parte de la condición humana, común a hombres y mujeres, la que se destruye, como bien hace ver la novela una y otra vez.

Con un estilo de gran prosa, la novela se abre con los párrafos autobiográficos del mismo Emboscado, el travestido del que habla el marketing de la novela. Anciano y retirado en la soledad monacal, narra su vida. Y la de su madre, francesa traída a la hosca realidad peninsular, a la que nunca logrará aclimatarse. En la primera parte de la novela, asistimos al óbito incesante de los hijos guerreros que esta mujer pariera en su tierra de adopción. En la segunda, crónica de la marcha de un exilio imposible, la protagonista, desengañada del mundo y su crueldad, retoma el camino de su Provenza natal, pensando reencontrar el paraíso. Lleva consigo a su único hijo supervivido, viuda ya. Su locura, lúcida locura de mujer al fin insumisa, le hace saber que sólo en la condición femenina es posible hallar la paz que dura siempre. Su locura es como un grito de rebeldía, que ella lanza al aire quebrado de la Historia. Y es una voz que toma

partido por la mejor presencia de la mujer en las esferas decisorias últimas, más allá de lo interdicto por la Iglesia misma. Una reivindicación de lo femenino como excelencia, frente a la medieval brutalidad masculina de la mayoría de los personajes varones de la novela.

Además de la doble tesis, locura aparente como lucidez extrema y debilidad cobarde como autoinculpación dolosa, la novela es un gran fresco panorámico de todo el periodo medieval: allí están sus costumbres, las bárbaras y las menos bárbaras, las campesinas, las urbanas, las castellanas, las de los caminos. Allí está su agricultura, sus utensilios, sus vestimentas... Y allí están las mujeres, en su mayoría acosadas por sus amadores de trova y laúd y por sus maridos, para los que no son sino meras propiedades materiales.

“El Emboscado” es la historia de un gesto de coraje, agresivo, para defender un principio femenino: la paz, en un mundo animalmente machista. La decisión de Yolaine, la madre sufriente de la novela, de feminizar a su hijo, nos señala la única manera de doblegar el agresivo varonismo de la época: conseguir su humillación. Paralelamente, y acaso por encima, en un gesto continuado, mezcla de grandeza y patetismo, este hijo que cede su varonía para procura de la felicidad de su madre. Vale.